

Alîm irradiaba alegría los últimos días. No es que hasta entonces no fuera un niño feliz, nada más lejos de la realidad, pero tener un nuevo mejor amigo a los once años hacía que la diversión se multiplicase de forma exponencial.

Hacía unas semanas había entrado una nueva familia en el servicio de la casa, y con ellos llegó Rafîq, otro chico de su misma edad, con el que, pese a pertenecer a dos castas sociales totalmente opuestas, enseguida hizo buenas migas. Y es que mientras Rafîq apenas tenía poco más que la ropa que llevaba encima, Alîm vivía con todos los lujos propios del mundo occidental, a las afueras de Al Arish, en la península del Sinaí. Su padre había hecho una fortuna vendiendo alfombras, las famosas Rabih Abou Khalil. Para sus negocios había sido fundamental que la ciudad contara con puerto al Mediterráneo y sobre todo que estuviera muy cercana al potente país de los hebreos.

Alîm pasaba su tiempo hasta entonces entre su casa, un palacete alejado del casco histórico, en una zona moderna y con fuertes medidas de seguridad, y el colegio, al que le llevaban y traían en el autobús escolar. Así que, la mayor parte del día, estaba solo o en compañía de los mayores, eso sí, rodeado de juguetes, y todo lo que se le pudiera antojar. Para su cumpleaños, esta vez, había pedido la bicicleta BMX Corsarius 2050, la mejor para poder hacer "Freestyle" como veía que hacían los niños americanos en su televisión gigante por el canal satélite. No dudaba ni por un instante que se la regalarían. Sus padres nunca le ponían peros a nada de lo que él pedía.

Pero desde hacía unos días Alîm no paraba. En cuanto llegaba del colegio salía a buscar a Rafîq: jugaban al fútbol, salían a explorar el barrio, corrían con

sus cometas, desplegaban sus ejércitos en miniatura por el jardín, e inventaban todos los entretenimientos que su imaginación infantil les permitía.

Un viernes, Alîm madrugó y desayunó a toda velocidad como hacía últimamente. Busco a Rafîq en la caseta donde vivía, pero allí no había nadie. Preguntó por él a varios de los empleados de la casa, sin embargo ninguno le supo dar razón de su amigo. Cuando se cansó de buscarle, por todos los rincones y las calles por las que solían salir, se resignó a volver a casa y a estar solo, como antes.

Rafîq apareció tarde, muy tarde, y aunque se acercó a hablar con su amigo, estaba agotado y no tuvo ganas de jugar. Alîm le preguntó dónde había pasado el día, pero este no le quiso responder.

Al día siguiente ocurrió lo mismo, con la diferencia de que Rafîq ya no pasó ni siquiera a saludarle cuando llegó. Y la semana después, cuando llegaba del colegio, su amigo tampoco estaba por la casa. Una de las noches, sin decir nada a nadie, salió de su habitación y se acercó a la caseta de la familia de Rafîq. Allí estaban todos reunidos, cenando en silencio. Rafîq apenas tuvo fuerzas para levantar la mano. Le invitaron a sentarse, y aunque él ya había cenado les acompañó. No dejaba de mirar el rostro de su amigo, porque aunque la luz era tenue, distinguía perfectamente en él unas enormes ojeras. De nuevo le preguntó y una vez más, encontró una respuesta vaga y evasiva. Tampoco sus padres contaron nada.

Alîm no podía soportar aquella soledad, y estaba realmente preocupado por su compañero de juegos. Así que, al día siguiente, antes del amanecer, escondido entre las sombras, esperó a que Rafîq saliera de casa y lo fue siguiendo, primero por el barrio, a distancia prudente, y después, cuando llegaron a la

ciudad, a través de callejones sin asfaltar y revueltas oscuras. Llevaban más de tres cuartos de hora andando cuando, por fin, pareció que Rafîq se detenía. Entró en una casa de adobe con la segunda altura a medio construir, pero allí no había ninguna luz. Alîm tomó aire y entró. Enseguida oyó ruido y vio salir un resplandor del final de la escalera que arrancaba desde una estancia. Bajó y, en medio de una docena de telares, y de otros tantos niños como ellos, encontró a Rafîq. Ninguno se sorprendió ni se asustó de su presencia: estaban concentrados en su tarea. Nadie habló, Rafîq miró a Alim, sus ojos húmedos y la posición de sus manos parecían pedirle perdón, aunque ninguno de los dos sabía muy bien por qué. Algo familiar distrajo la atención de Alîm: las alfombras y, sobresaliendo de ellas, las etiquetas que tan bien conocía, con el símbolo del dios egipcio Seth, el dios de las tinieblas, y las siglas R.A.K.

Alîm empezó a respirar con dificultad. Toda su percepción del mundo que le había rodeado hasta entonces se desmoronó. Rompió a llorar con todas sus fuerzas y dejando a su amigo, sin cruzar una palabra, salió de allí corriendo.

Pocos días más tarde fue su cumpleaños. Allí estaba su flamante bicicleta Corsarius. Sin abrir la boca, la cogió, sin subirse en ella, y salió de casa. Sus padres pensaron que no podía esperar más para estrenarla. Salió a las afueras de la ciudad, andando, sin dejar de arrastrarla, y se acercó al borde de uno de los impresionantes acantilados sobre el Mediterráneo. Mirando el mar azul turquesa, arrojó su bicicleta y su inocencia.